

UN SALUDABLE PASEO POR LO VIEJO Y LO CURSI

La abuela nos contaba el cuento de siempre, que sabíamos nosotros mejor que ella, pero cuyos pasajes, no obstante, esperábamos crispados de inquietudes, al tiempo de movernos con la lengua el colmillo flojo y torcernos, apretada, la punta del guardapolvo.

Tejía, ella, sin mirarnos.

Y nosotros la rodeábamos lanzándole preguntas que nos saltaban, como pececitos, a los labios.

Ella las respondía, siguiendo la puntilla finísima.

Hoy recordamos su labor -de poeta y de araña: suspiro y paciencia- y se nos ocurre que ella pensaría, seguramente, en alguna vida -o en la vida- al verla fluir, así, de sus manos: cada espacio, una ausencia; cada nudo, un amor.

Y cuando abría el armario para guardar el encaje a medio hacer -de

Richelieu, de Brujas, de Malinas- llenábase el aposento de un viejo olor de espliego.

Hoy, cuando se abre el placard, sustituto de los monumentales armarios de caoba, se llena el departamento de olor a paradiclora de benzol.

¡Cómo se nos ha venido desguarnicionando la vida!

Miramos en torno y ¡cuántas cosas faltan!

Los portamacetas, en el patio, con globos de colores; el sillón de Viena con el almohadoncito en el respaldo; el biombo de laca con el dragón amarillo y las garzas azules; y el florero rojo con las lilas y el aguamanil de plata y el retrato del bisabuelo vestido de militar.

Estaba más acompañada la gente de entonces con todo aquello.

Una vez le leímos a un señor menudito y canoso del Perigord -Miguel Eyquem de Montaigne- su argumento sobre la influencia que ejercen los accidentes geográficos en la mentalidad y en el espíritu del hombre.

Adaptando esa comprobación puede afirmarse que todo cuanto rodea al hombre influye sobre su mentalidad y sobre su espíritu.

Las paredes lisas, los muebles de metal cromado, los roperos empotrados, el monolito frío, al privar de un estímulo y un sostén exteriores a la imaginación del hombre, mineralizan su pensamiento y congelan su ternura.

Al hombre le ha sido dado, apenas, la mitad de lo que tiene que ser, pero, además, la fantasía -facultad primorosa y donaire supremo- para que él, con ella, invente la mitad que le falta.

Pero el hombre se ha vuelto lo que se llama "práctico".

Y en vez de creer en las cosas, prefirió tratar de entenderlas.

No se dió cuenta de que pensar en una cosa es, sólo, cernírsele por encima como un paracaidista.

Creer en una cosa, antes bien, es metérsele adentro y circularla como una sangre.

La fe humaniza al mundo y se hace poesía.

El cálculo mundifica al hombre y degenera en la técnica.

¡Y lleva a ese horror de preferir el pájaro en mano a los cien volando. El hombre inventó medios y más medios. Ocupado en eso, no tuvo tiempo de pensar en los fines.

Y hoy, pudiendo ir a cualquier parte, no sabe dónde ir. Pudiendo hacer cualquier cosa, no sabe qué hacer.

Se burla, eso sí, de los que recuerdan y compadece a los que esperan. Sabe todos los días una cosa nueva, pero no llega a comprender nada de lo que sabe.

Juntamente con la invención de la velocidad, tuvo la noción de la urgencia; porque una cosa sólo empieza a ser urgente cuando puede hacerse ligero. Y, andando ligero, achicó el mundo.

¡Y la vida!

¡Siendo tan corta como lo es, él, todavía, osó hacerla pequeña!

El ha anulado, por condensación mental, el sentido mágico de las cosas. Y de ese modo enrareció, por la limitación de la fantasía, el aliento de la ilusión.

Es así que, en tal punto del camino, el hombre se encuentra con que ha perdido la gracia de su inocencia sin haber logrado sustituirla con nada de lo que vino haciéndosela perder.

En aquel buen tiempo de la bigotera y el bastón -ingenua coquetería de japos, medallas, polainas- el hombre creía en el buen augurio de las figuritas de querubines, de las guirnaldas de flores, de las palomas, de las parejas de enamorados.

Y elegía cuidadosamente su tarjeta postal -que hoy consideramos cursi, acusamos de barroca, nos parece lamida- para enviarle, estampado en ella, el buen deseo al amigo.

Tréboles, golondrinas, marineros, gatitos: todo cuanto al ser hallado en el camino anuncia una buenaventura, figuraba, resaltando, exasperados, sus colores, en la tarjeta postal.

Y en medio, la palabra simple, la intimidad revelada -a veces, hasta la sonrisa surcando una lágrima que tenía más rutas que el mar- eran síntesis e imagen del saludo que se hace, con las manos floridas en alto, cuando llegan aquellos cuyo recuerdo tarde a tarde se ponía -para luego seguir amaneciendo en esperanzas- al oeste del pecho.

La gente de hoy sonríe de las tarjetas postales.

Y, sin embargo, vive sobresaltada en su soledad. Sola, en medio de la multitud que restalla de impaciencias y jadea de apuros!

Y sin encontrar, al regreso, el sillón caritoné de respaldo succulento que jerarquizaba el descanso, ni los stores de encaje, ni los helechos en el marco de la ventana, ni la jaula del cardenal.

Ni aquella lámpara amiga, en forma de corola, que parecía hecha para siempre.

Ahora se utiliza la luz difusa, que oculta su procedencia tras vericuetos y esmeriles, como si no quisiera responsabilizarse de lo que la obligan a alumbrar.

Si el hombre volviera a todo eso advertiría que todavía le quedaba sitio para llevarlo con gallardía y ventura, pese al progreso en ruidos, maquinarias y hormigones, en aquel puntito remotísimo -no hay nada que quede tan lejos- desde el que se le abre, hacia el mundo, la vida.

Y lo cursi que hoy desdeña -por un pudor mucho más cursi que aquello pretendidamente cursi de que nace- lo salvaría del hastío y la tristeza y de este torvo encorvamiento sobre el rumbo mudo, que se niega a confiarle su secreto.

El primer hombre que se burló de las tarjetas postales y de los cuadros del comedor con conejos muertos y manzanas relucientes y de los centros de mesa con angelitos tocando la corneta y de las cédulas de San Juan y de las viejas fogatas con el lendel de niños tomados de la mano, marcó la hora en que la gente formal comprendió que sonreír sin decir nada empezaba

a ser la única manera honrada de hablar en serio en este mundo.